

compases del *Polo del contrabandista*, y sobre la lápida el nombre del distinguido cantor y compositor español que allí reposa: MANUEL GARCIA.

Los demás cementerios públicos denominados de *Montmartre*, del *Monte Parnaso*, de *Picpus*, de *Santa Catalina*, del *Calvario*, y de *Vaugirard*, son, aunque mas en pequeño, de la misma forma y disposicion, y encierran monumentos notables.—Por último, las *Catacumbas*, inmensa estension de bóvedas que corren por bajo de los cuarteles meridionales de París, es el sitio en donde reposan los restos de cuarenta generaciones, cuyo número de individuos está calculado en ocho veces la poblacion viviente de la capital. Estos huesos formando el techo de la bóveda y el revestido de sus paredes, producen un aspecto singular y filosófico.

El lector que haya tenido paciencia para llegar hasta este punto de mi prolongada narracion, habrá de disimular todavía las muchas omisiones; y suponer aun mucho mas de lo que queda espresado; pero deberá hacerse cargo de la necesidad en que me veo de pasar con rapidez por tan estenso cuadro, que exigia otro espacio para ser desenvuelto convenientemente.—Baste, sin embargo, lo dicho para mi objeto de dar algunas indicaciones útiles al viagero sobre los principales objetos que deben llamar su curiosidad, y déme el lector su venia para trazar en los últimos capítulos las relaciones entre el forastero y los habitantes de aquella capital, y el cuadro animado de los espectáculos y placeres que tan grata hacen su mansion, permitiéndome antes la narracion de un episodio relativo á uno de los objetos mencionados anteriormente, ó sea el entierro que presencié de un célebre dramaturgo en el cementerio *Montmartre*.

compases del Polo del contrabandista y sobre la lapa-  
da del nombre del distinguido autor y compositor espa-  
ñol pasará el tiempo: *¡Mata el tiempo!*

Los demás comentarios públicos honrosísimos de Wort-  
mutter, del Abate Paragon, del Papa, de Santa Cata-  
lina, del Calvario, y de la *Paraguay* son, aunque más en  
orden de la misma forma y disposición, y en ciertos  
momentos notables.—Por último, las *Catapultas*, in-  
tencional estacion de la obra que vienen por bajo de los  
cuatrocientos mil reales de París, es el año en donde se po-  
nen los testigos de la *Generación*, cuyo número de  
individuos está calculado en ocho veces la población vi-  
viente de la capital. Estos libros formados de la obra de  
la obra y el resultado de las pruebas, *Prothon* son as-  
pecto singular y filosófico.

El lector que haya leído pacientemente esta obra hasta  
este punto de mi prologada narración habrá de discurrir  
en su mente las muchas cuestiones y suponer sus ruidos  
más de lo que puede pensarse, pero deberá hacerse car-  
go de la necesidad en que me veo de pasar con rapidez  
por tan muchas cosas que exigen otro espacio para ser  
desarrolladas convenientemente.—Hasta sin embargo, lo di-  
cho por mi objeto de dar algunas indicaciones útiles al  
lector sobre los principales objetos que deba llamar su  
atención, y de que el lector se zambra para tratar en los  
últimos capítulos las relaciones entre el forastero y los  
habitantes de aquella capital, y el cuadro animado de los  
escenarios y plazas que tan grata hacen su misión.  
Permítame pues la narración de un episodio relativo  
á uno de los efectos más interesantes del comercio  
interior que se produce de un modo dramático en el co-  
mentario *Wortmutter*.



## XII.

### ENTIERRO DE VICTOR DUCANGE (1).

Al siguiente día de mi llegada á París, leí en los periódicos este aviso: «*Acaba de morir Mr. VICTOR DUCANGE, autor de comedias: el entierro se verificará á las 11 de este día, saliendo de su casa, calle de Enghien, número 29.*»

No fué menester otra cosa para escitar mi natural curiosidad; ceremonia nueva, autor conocido, dos circunstancias interesantes para un recién llegado.—No hubo mas, sino que sin detenerme ya en preparar mis visitas y cumplidos, tendí la vista por el plano de París, estudié bien estudiada la topográfica situacion de la calle de Enghien, y antes que sonáran las once, ya me encontraba delante de la casa mortuoria, cubierto todo de luto, y tan atribulado que parecia ser una de las víctimas del trágico dramaturgo.

(1) Tambien este capitulo episódico pertenece al primer viage del autor (1833—1834), en la ocasion en que estaban en el apogeo de su celebridad las nuevas doctrinas literarias apellidadas *romanticismo*, cuya exageracion tanto se prestaba al ridículo.

Yacía este en su ataúd en el punto céntrico del portal, adornado con sendas bayetas negras; como mi prisa había sido tal que llegaba el primero á ofrecerle mi cumplido, tuve tiempo de entregarme á reflexiones patéticas cual si dijéramos entresacadas del *Verdugo de Amsterdam* (1). En esto se venia á mas andar el medio dia, y ya cerca de él fueron llegando sucesivamente los amigos y convidados, y hasta seis (sino eran siete) coches de duelo, todos por supuesto alquilados á 50 sous la hora. Precediales una especie de galera con negros cortinages y dirigida por un cochero que en aquella circunstancia hubiera tomado un poeta clásico por el fatal Caronte; y esta fué la que cargando con el finado, abrió lentamente la marcha, siguiéndole en pos los demás carruages, y una doble y luenga fila de pedestres aficionados, entre los que tuve la fortuna de contarme.

En tanto que nos dirigiamos al cementerio, atravesando calles y plazas, todo se me volvia contemplar una por una las condiciones y semblanzas de los diversos personajes que me rodeaban, en los cuales creia columbrar los originales de los retratos que tengo en mi gabinete.—No es extraño; cuando llega uno á París se figura que todos cuantos tropieza son hombres grandes; y además, atendida la circunstancia, yo tenia derecho á creer que estaba en una reunion de sabios; asi que no habia calvo que luego no tomase por *Beranger*; ni rostro alegre que no calificase de *Jouy*; ni lánguido á quien no llamase *Lamartine*; ni facciones abultadas y espaciosa frente que no fueran las de *Victor Hugo*; ni mirar penetrante que no me denunciase á *Scribe*.

Pero aun habia otro motivo mas para hacérmelo creer;

(1) Uno de los dramas de este autor.

conviene á saber; los trages y arreos de muchos de aquellos circunstantes, en cuyo aparato habia algo de extraordinario que yo no sabia definir.—Cual, por ejemplo, ostentaba una luenga barba por encima de la corbata; cual se contentaba con un mechon; éste dejaba flotar largas melenas sobre sus espaldas; aquel descubria su cabeza semi-afeitada con solo una ligera cresta sobre la frente; —sombrosos de forma misteriosa; justillos á medio cuerpo, levitas á los talones, cuello y anguarinas mas ó menos simbólicas que me dejaban pasmado.—No hay remedio, esclamaba, sabios son, y sabios de á folio.

Pero entretanto todo era soliloquio ó para mis adentros como suele decirse; porque asaltado por el religioso respeto de tanta sabiduría, no osaba dirigir la palabra á ninguno.—Sin embargo, rabiaba por hablar y por informarme de todo; pero no sabia á cual dirigir mi interrogatorio; hasta que por último me decidí á dar la preferencia á uno que me pareció cortado para el caso; porque hablaba y bullia mucho, y tan pronto le veia en la delantera como en la retaguardia del convoy; y todos le tenian en mucho, y él á todos les correspondia con agasajo y atencion.—Con este, pues, entablé mi plática, y sin que sea mi ánimo estamparla aquí punto por coma, díjele que era un estrangero recién llegado á París, que conocia de reputacion á Victor Ducange, pues que habia visto en Madrid *Quince años há*, y los *Treinta del jugador* de aquel ingenio, con lo cual no podia menos de interesarme el haberle encontrado en aquella situacion tan dramática.

—¡Calle! (me interrumpió mi contrincante con un tanto de admiracion) ¿con que han llegado hasta Madrid los dramas de Mr. Victor?

—Si señor que han llegado, y con la mas cabal salud,

y todos los días se representan, y se aplauden y gustan que es un horror.

—¡Vea vd., y luego dirán!

—A decir verdad, nosotros les aplaudimos por varias razones: la primera porque van de esta capital, y ya es sabido que todo lo que va de ella es excelente.

—¿De veras?

—La segunda porque se nos anuncian como piezas que en esta han producido furor.

—Diré á vd., lo que es furiosas...

—La tercera, en fin, porque se recalca sobre el epíteto del *célebre* Victor Ducange.

—¿Tambien esa? ¡Pobre Mr. Victor! ¡que no pudiéramos decírselo al oído! El, que nunca pudo hacer rabiar mas que á los concurrentes del teatro de la *Alegriat* (*Gaité*).

—Me deja vd. pasmado.

—¿Con que es decir, que segun vd. dice, el drama sanguíneo esta á la moda en Madrid aun mas que en esta capital?

—Diré á vd.: con esto nos sucede como con las lanas que nos vuelven vds. elaboradas á su modo; ó como con los barcos de vapor, con los viages alrededor del mundo, con la enseñanza de sordo-mudos, con la representacion nacional y con otras muchas cosas que hemos tenido antes que vds. y luego las olvidamos; pero asi que las hemos visto renacer en París, hemos corrido á buscarlas, las hemos tomado como nuevas, y nos hemos pasmado de sorpresa. Quiero decir, que mucho antes que esos *románticos* con que Vds. nos dan dentera, existieron entre nosotros los Lopes y Calderones, los Rojas, Tirso, Moretos, Castros y Cubillos, y á fé que si vd. leyera algunas de sus comedias, por ejemplo: *El rico hombre de Alcalá*, *García*

del Castañar, *La vida es sueño*, *Los siete infantes de Lara*, *El burlador de Sevilla*, *El Tejedor de Segovia*, *La Estrella de Sevilla*, *El Pastelero de Madrigal*, *Casarse por vengarse* y otras infinitas, vería que no hablo al aire, y que lo que á nosotros nos hace falta son Molieres y Corneilles, no *Hernanis* ni *Jugadores*.

Al oirme citar en la misma línea composiciones de autores para él tan diferentes, empezó á hablarme de la aristocracia literaria y de las gerarquías de segundo orden, de los famosos bandos dramáticos y demás bataola de este siglo de escisiones; y yo, aprovechando esta ocasion de satisfacer mi curiosidad, díjele que á pesar de aquellas disensiones, me figuraba que unos y otros habrian prescindido de su derecho respectivo, para reunirse á rendir á su compañero el último tributo, y que por consecuencia me creia en aquel momento rodeado de todos los personajes del Plutarco contemporáneo.

—¡Qué disparate! me replicó con prontitud: vea vd.; todos esos de la fila en que vd. va, son cómicos de los teatros del Boulevard.

—¿Es posible? (esclamé pasándome disimuladamente á la otra fila en que formaban las exóticas figuras que arriba dejo indicadas). ¿Y estos quienes son? preguntéle con cierta desconfianza.

—Estos son *los románticos outrés*.

—¿De veras? con que al fin veo los célebres...

—Alto ahí, que todavía su celebridad está en mantillas. Ni Victor Hugo, ni Alejandro Dumas, ni Chateaubriaud, ni D'Arincourt están aqui, y todos estos no son mas que jóvenes arriscados, autorcetes noveles, abastece-dores de los teatros subalternos, improvisadores de fatídicas novelas, dramas compungibles y cuentos fau-tásticos.

—Sí, sí, entiendo, como si dijéramos *Galerías de sombras y espectros ensangrentados* (1).

—Precisamente.

—Pues no diga vd. mas; hace tiempo que se conoce ese género en nuestra aduana; pero callar y callemos, que veo que nos observan, y no quisiera dar motivo á estos señores Shakespeares para una escena *de efecto* de alguno de sus dramas.

—No señor, no haya miedo, todos me tienen que tener contento.

—¿Es vd. acaso el empresario de algun teatro?

—No señor, soy periodista.

—Ya.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando entramos por la puerta del cementerio, que por lo que puede interesar al caso, es preciso que se sepa que no es como los nuestros un descarnado patio con triples ó cuádruples filas de letreros en la pared; sino un inmenso y pintoresco jardin, sembrado por decirlo asi, de tumbas y monumentos de todos gustos y dimensiones; sombréanlas multitud de árboles y plantas de deliciosa perspectiva que mitigan el horror de aquellos sitios é inspiran una dulce melancolía; la virtud, el talento y el orgullo se ostentan alternativamente en emblemas ingeniosos, alegorías sublimes y filosóficas inscripciones; y el extranjero que por primera vez pisa aquel recinto, no puede menos de experimentar un verdadero asombro y tomar interés por un pueblo que honra de este modo la memoria de los que ya no existen.

(1) Título de una obra que por entonces se publicaba en Madrid.



— Mi imaginacion habia experimentado una rápida transicion á estas sublimes ideas, y ocupado enteramente de ellas, seguia los movimientos del carro fúnebre para presenciar el resto de la ceremonia.—Atravesamos lentamente gran parte del cementerio por los espaciosos paseos que le cruzan; y llegados á una altura, hizo alto el coche, y los encargados del cementerio descendieron el ataúd: seguimosle todos con un religioso silencio, y nos encaminamos á una isleta enmedio de la cual habia un hoyo profundo; en derredor de él formamos un gran círculo y presenciábamos la colocacion del féretro en lo mas hondo de aquel; entonces uno de los mas allegados al difunto, pronunció un corto y enérgico discurso acerca de sus cualidades y del mérito de sus obras; concluido éste, mi compañero de conversacion (que habia corrido la voz de que yo era estrangero y hecho de modo que se me diera un lugar preferente) me alargó un puñado de tierra; y al arrojarlo sobre el ataúd, no pude menos de experimentar cierta conmocion: todos en seguida hicieron lo mismo, y muchos ayudaron á cubrir la sepultura con coronas de siemprevivas que habian tomado á la puerta; hasta que igualado que fué el terreno, se colocó en él provisoriamente una sencilla cruz negra con estas solas palabras: «VICTOR DUCANGE.»

La comitiva dispersada por las sombrías calles del cementerio, fué desapareciendo poco á poco; mi compañero tambien me dejó, citándome para de allí á dos dias en el teatro de la puerta de San Martin, que era el estreno del famoso drama *Maria Tudor* de Victor Hugo (1): y yo me quedé solo recorriendo aquellos sepulcros con una sensa-

(1) Efectivamente, asisti á este estreno, y en mi vida olvidaré el espectáculo revolucionario que presentó aquella noche el pacífico templo de las musas.

cion difícil de explicar, saboreando el placer de meditar sobre las tiernas inscripciones que á cada paso encontraba.

—«¡Oh hija mia! tierra feliz, haz florecer sus virtudes.»

—«Bajo estas flores descansa un buen padre; ellas crecerán, porque serán regadas por nuestras lágrimas.»

—«La muerte me ha separado de mi esposa para hacerme mas grato el momento en que nos ha de reunir.»

—«La patria llama al héroe muerto, y este por la primera vez no responde á su acento.»

Y otros infinitos epígrafes que me llenaban de entusiasmo, y ya iba á llegar á la puerta del cementerio, cuando llamó mi atencion el siguiente mote.

—«Aqui yace N., bonetero; fué buen padre, buen esposo y buen ciudadano: pasagero, ruega á Dios por él.»

Y mas abajo en letras menudas continuaba.

—«La viuda inconsolable tiene el honor de prevenir al público que sigue con el almacén, calle de.... núm....»

¡Válgame Dios! exclamé dando un suspiro y echándome fuera del cementerio.... «¡Adonde diablos el reclamo se ha ido á anidar!...» ¡Bien se ha dicho, que de lo sublime á lo ridículo no va mas que un paso!

### XIII.

#### PARÍS RECREATIVO.

Se ha dicho, no sin fundamento, que al establecer una nueva colonia, lo primero que hacian los españoles era fundar un convento, los ingleses una factoría y los franceses un teatro; y siguiendo esta regla de proporcion, la capital de Francia debe tener, y tiene efectivamente, tantos espectáculos escénicos como establecimientos mercantiles la de Inglaterra, como iglesias y conventos poseia hasta hace pocos años nuestro Madrid.

Prescindiendo del aparato teatral de la política, que en aquella capital, madre de las revoluciones, y aplicadora práctica de toda clase de teorías, despliega su formidable aspecto civil ó militarmente, segun las ocasiones;—dejando á un lado tambien la escena viva de la sociedad, en la cual campea con todo su poder la inclinacion, el instinto normal de los franceses hácia los juegos escénicos y su fingida declamacion;—haciendo abstraccion de las recepciones oficiales de la córte en que

un rey ciudadano (que representa felizmente su papel) contesta con largas peroratas poéticas á las no cortas que le dirigen los públicos funcionarios; ó vestido con el uniforme nacional estrecha entre sus manos las de sus *bravos camaradas* que le dan la guardia, y gasta y destroza un caballo y un sombrero pasando y repasando entre sus filas;—y no cuidando tampoco del clásico espectáculo que ofrece en el palacio del Luxemburgo la cámara de los Pares, ni del vital y romanesco de la de Diputados en el palacio Borbon;—no tomando en cuenta las aristocráticas escenas mas ó menos públicas de los salones del cuartel San German, las financieras de la *Chauseé d'Antin*, ni las populares y plebeyas de las calles de San Dionisio y San Martin, en que todos los actores despliegan una singular habilidad escénica, una *vis cómica* y aparato teatral que ofrecen *gratis*, por su dinero, al peregrino espectador;—limitándome, en fin, por ahora á los *teatros* y escenas propiamente tales, con sus decoraciones de carton y sus vestidos de oropel; á los actores fingidos que representan delante de actores verdaderos; á las farsas del genio que lucen su habilidad delante del genio de la farsa, y se encargan de divertir al pueblo mas ávido de diversiones que existe en el mundo, haré una rápida reseña de ellos con la misma conciencia y brevedad con que he tratado de los establecimientos de otras clases.

— Pasan de treinta los espectáculos públicos que alimentan diariamente la insaciable curiosidad de los parisienses; y ayudados unos con las crecidas subvenciones del gobierno, y fiados otros esclusivamente en la constancia de sus parroquianos sostienen entre sí una magnífica lucha, que da por resultado el rápido vuelo del ingenio, la superioridad incontestable que en este punto

tiene París sobre todas las capitales de Europa.—Asombraría verdaderamente á mis lectores si trasladase aquí el simple resúmen del número infinito de individuos empleados allí en esta profesion y sus dependencias; el cálculo aproximado de los capitales invertidos en ello; el movimiento intelectual á que da lugar, y sus consecuencias sociales y políticas; pero prescindiendo por ahora de estas consideraciones, que me llevarian muy lejos de mi propósito, descenderé á las breves indicaciones de aquellos espectáculos que dejan el mas grato recuerdo en la imaginacion del viagero.

Colóquese en primera línea, y aun fuera de toda comparacion, la *Academia Real de música*, asombroso espectáculo lírico, que, segun decia *Rousseau*, es de todas las academias *la que mas ruido hace en el mundo*.—En este teatro, como en todos los demás (aunque con muchísima mayor diferencia) son tres los objetos que dividen justamente la atencion del observador; á saber el local de la escena, los espectadores, y el espectáculo.—En cuanto al primero, puede asegurarse que aquella sala es una de las más ricas y elegantes que existen en Europa, y aunque en el exterior no ofrezca objeto de particular encomio, el interior es bello, rico, suntuosamente decorado, y de una estension capaz de contener cómodamente sentadas dos mil y cien personas, cuya entrada llena produce unos doce mil francos (cuarenta y ocho mil reales).

La costumbre seguida en este como en la mayor parte de los demás teatros de París, es dividir el suelo de la sala en *orquesta* (que son las primeras filas inmediatas á esta, y cuesta diez francos cada asiento), y *parterre* (que son los asientos de las demás filas, y cuestan cuatro francos cada uno); y las locali-

dades altas en *balcon* ó grada descubierta, que corre delante de los primeros palcos; en tres órdenes de estos, y otra cuarta que sirve de galería general bajo los nombres de *anfiteatro*, *paraiso*, etc.—El balcon y los asientos de orquesta son los sitios privilegiados de la elegante concurrencia; los palcos ó aposentos, cuyos precios varían segun su altura ó situacion de frente ó de costado (porque la forma circular ó elíptica de los teatros franceses establece una notable diferencia en perjuicio de los lados), son por lo regular ocupados por las familias; y en las regiones elevadas, cuyo precio descende en proporcion de su altura, asi como en los asientos de *parterre*, se colocan los aficionados cuyas módicas fortunas no pueden sufrir concurrencia con los *guantes amarillos* del balcon.

No es solo lo subido de los precios lo que hace molesta la asistencia á aquellos grandes teatros, sino la dificultad de obtener sitio, y las muchas diligencias que esta misma dificultad exige.—Anúnciase, por ejemplo, una buena funcion para cualquiera de los dias lunes, miércoles ó viernes, únicos en que trabaja este teatro; si al espectador le es indiferente el precio y si le sobra además tiempo para comprometerse de antemano, puede acudir la víspera ó el mismo dia al despacho á retener su asiento, escogiéndole ó designándole en el plano del mismo teatro que está á la vista en la oficina; pero entonces tiene que pagar doce á quince francos por los asientos de diez, y asi á proporcion.—Pero si no gusta de prodigar su dinero ó su tiempo, y solo se acuerda del teatro pocas horas antes de empezar la representacion, preciso le será colocarse modestamente en fila en el pórtico del coliseo, aguardar alli una ó dos horas la apertura del despacho, tomar su billete *no numerado*, cuando le toque llegar al ventanillo; y si aquel es, por ejemplo, de segundos palcos,

subir apresuradamente la escalera para ganar por la mano á los que vienen detrás; solicitar luego humildemente el ser colocado por las nada amables y muy vetustas acomodadoras que guardan las llaves; recibir, por lo regular, de estas una seca negativa, á pretesto de estar todo lleno; tener que bajar no menos rápidamente al despacho llamado *de suplementos*, donde pagando el exceso se le cambiará su billete por otro de superior categoría; acaso recibir nuevas negativas, y repetir otra y otra vez la misma operacion, hasta que colocado, en fin, en un rincón de un pequeño palco de cuatro asientos, y asediando oblicuamente su anteojo por entre un enorme gorro de señora y unas fecundas melenas de galán, puede aguardar allí otra hora á que comience la representacion.

Verdad es que para entretenerla tiene el *Entreacto*, el *Vert-vert*, el *Puente Nuevo* y otros varios periódicos literarios, que son en la misma sala vendidos y pregonados en alta voz, ó el programa del espectáculo, ó el libreto de la ópera; ó bien puede dejar sobre su asiento un guante, un pañuelo, en señal de posesion (señal que, en honor de la verdad, debemos decir que es generalmente respetada) y marchar á pasearse, y hacer tiempo en el magnífico salón de descanso (*foyer*) que por la animacion y elegancia de la concurrencia es uno de los sitios mas curiosos de París; una verdadera linterna mágica, en donde suelen ostentarse alternativamente todas las notabilidades políticas, literarias y artísticas de todos los países del globo, desde los reyes presentes y pretéritos hasta los genios futuros y en albor.—Para un forastero (suponiendo á su lado un *cicerone* inteligente) es este uno de los espectáculos mas entretenidos y sabrosos; para un parisien *com'il faut*, el *foyer* y el *balcon*

de la ópera son el verdadero teatro, la historia contemporánea literaria, política y galante, con cuyo interés pretende en vano competir el del espectáculo artificial, por grandes que sean su primor y magnificencia.

Sónlo sin embargo en realidad, y puede asegurarse que la *Academia Real de música*, por la reunion de los talentos artísticos que en ella se despliegan, por la importancia de la grande ópera y baile pantomímico que constituyen su espectáculo, por el mérito de cantores, bailarines y orquesta, y por el magnífico aparato en decoraciones y comparsas, es el mas admirable espectáculo escénico, la mas armónica agrupacion de todos los adelantos en el arte teatral.

Con efecto, despues de citar las grandes óperas de un *Rossini*, de un *Meyerbeer*, de un *Aubert*, de un *Donizetti*; *Guillermo Tell* y *Roberto el Diablo*, la *Muda de Pórtici* y la *Favorita*; los magníficos bailes pantomimicos de la *Silfide*, la *Rebellion del Serrallo* y el *Diablo enámorado*; los admirables talentos y físicas dotes aplicadas al canto por el tenor *Duprez*, el bajo *Barrouillet*, madama *Dorus-Gras* y otros infinitos; la singular habilidad, el mágico artificio de las bailarinas *Taglioni*, *Essler* y *Paulina Lerroux*; el talento mimico de los *Elie*, *Mazurier*, etc., etc.; despues de contemplar los preciosísimos cuadros-diorama pintados por *Ciceri*, *Philatre* y *Cambon*, y las numerosísimas comparsas magníficamente ataviadas con toda la verdad histórica; despues de ver, por ejemplo, los pintorescos lagos y montañas de la Suiza y la animada escena de la conjuracion en la ópera de *Guillermo Tell*; el bullicioso mercado y la admirable bahía de Nápoles en la *Muda de Pórtici*; el claustro iluminado por la luna y la escena de la resurreccion de las monjas, ó el interior de la catedral de Palermo en el *Roberto el Diablo*; la vista de la ciudad de Colonia



en los *Hugonotes*; el alcázar de Sevilla en la *Favorita*; el desfile del cortejo imperial al final del primer acto de la *Judia*; el baño de las odaliscas en los jardines de la Alhambra en el baile de la *Rebelion del Serrallo*; el baile de máscaras en el *Gustavo III*; el vuelo admirable de las ninfas en la *Silfide*; el mercado de *Ispahan*, y el infierno en el magnífico baile de el *Diablo enamorado*; (admirable espectáculo que en el invierno último ha cautivado la atención de todo París, y formado una gran reputación de talento mímico á la bailarina *Paulina Lerroux*) ¿qué otro espectáculo pudiera ya parecer grandioso? ¿qué nuevos goces exigir ya los sentidos?

— Hay, sin embargo, en el mismo París otro teatro que por sus circunstancias peculiares, aunque sin tantas pretensiones, divide justamente la atención de la sociedad escogida, y es el de la *Opera italiana*, que accidentalmente se halla situado en el teatro del *Odeon*, desde que hace pocos años pereció el suyo propio en un violento incendio. — El teatro actual está situado muy lejos del centro de París, y ni la disposición interior de su sala, ni el mérito de sus decoraciones, comparsas y aparato escénico, merecen el mas mínimo elogio; pero para justificar la voga que disfruta y lo elevado de sus precios, baste decir que en él despliegan sus talentos los artistas *Rubini*, *Tamburini*, *Lablache*, la *Julieta Grisi*, y la *Persiani*, que son consideradas, con razón ó sin ella, como las primeras notabilidades líricas de Europa. — Vinculados, por decirlo así, hace diez años en este teatro y en el real de Londres, trabajan en París desde el día primero de octubre hasta el último de marzo: lo que está muy en armonía con las costumbres de la brillante sociedad que frecuenta aquel teatro, y suele pasar en el campo los meses del es-

tío; hasta que, á la proximidad del invierno, abandonan sus quintas y castillos, y corren á escuchar á sus transalpinos ruisseñores.—Estos, por su parte, regresando de sus correrías á Londres y otras capitales, vienen cargados de laureles, de guineas y florines, á recoger nuevas coronas en su sala privilegiada, en su sala coqueta, aristocrática y perfumada del Odeon.—En ella encuentran reunida la sociedad mas brillante de Europa; la nobleza francesa, los diplomáticos y viajeros estrangeros, los artistas y entusiastas aficionados que de regreso á sus hogares se encargan de difundir por todas partes la fama de aquellos genios de la armonía.

Pero esta misma fanática adoracion (que tal puede llamarse) hace que aquellos artistas descuiden el aumentar su repertorio, y presentar al público parisiense las muchas novedades de la lira italiana; pues seguros como están de sus sesenta, ochenta y cien mil francos anuales y de ver todas las noches la casa llena de espectadores, dispuestos á prodigarles sus bravos y laureles, repiten constantemente las piezas mas conocidas, aunque buenas, del antiguo repertorio de Rossini y Bellini; la *Gazza Ladra*, *La Cenerentola*, *Il Barbiere*, *Moisés*, *Norma*, *I Puritani*, *Pirata*, etc., etc., y con dificultad ofrecen una mas moderna en toda la temporada, como ha sucedido este año último, con sola escepcion de la *Lucrecia Borgia*, de *Donizetti*.—Pero todo se les tolera y hasta el completo descuido del aparato escénico y aun lo muy subalterno de las partes secundarias, en gracia del eminente talento y facultades que despliegan los cinco artistas ya citados.

La *ópera-cómica-francesa* es el tercer teatro lírico de París y ocupa un bellissimo edificio construido moderna-

mente sobre las ruinas del antiguo teatro italiano que se incendió. Por su situacion, en lo mas céntrico del boulevard, por la elegante disposicion de su sala, y por cantarse en ella la ópera bufa y semi-seria francesa, con su música propia y nacional, sin mezcla de italianismo ó germanismo como en la Academia Real de música, es uno de los espectáculos mas frecuentados por el público propio parisién; si bien el estrangero no halla en aquella música motivos de entusiasmo, ni tampoco en la medianía de los cantantes, entre los cuales figuraba en este año el bajo *Botelli*. que tuvimos hace años en Madrid y una hija de la señora *Loreto Garcia*.

El *Teatro francés*, situado en uno de los ángulos del Palacio Real, es el primero de declamacion en aquella capital, y por el admirable conjunto de los talentos artísticos que en él se reunen puede llamarse digno trono donde campean noblemente los ilustres genios de Molière, de Racine, y de Corneille.—El que quiera ver hasta qué punto puede llevarse la verdad escénica, la dignidad y la nobleza de la accion, la espresion sublime de las mas profundas emociones del ánimo, la pureza de la diccion y demás circunstancias que constituyen el encanto del arte teatral, no tiene mas que asistir en el *teatro francés* de la calle de Richellieu á cualquiera de las tragedias ó comedias de la escuela clásica, representadas por sus eminentes actores.

Descuella al frente de todos ellos la célebre trágica *Rachel Felix*, jóven artista que por un don particular del cielo se ha colocado improvisamente á una altura superior sobre todos los actores contemporáneos, y es el mas digno intérprete que acaso hayan tenido nunca las sublimes concepciones de Corneille y de Racine.

No es fácil decir en cual de sus cualidades artísticas consiste su mérito principal; porque todo en ella es armonioso y conveniente, todo noble y verdadero. Dignidad y magnífico aplomo en la posicion de la figura; decoro y magestad en la acción; ternura y sublimidad en la expresión de los afectos; escelente voz; pura y delicada dición; y un cierto sabor antiguo y monumental que sabe prestar á todas las grandes figuras que traslada á la escena, Phedra, Camila, Hermione, Rojana y Esther, que producen en el espectador un sentimiento indefinible de sorpresa y de grata satisfaccion.—A igual elevacion, aunque en el género cómico-urbano de la alta comedia de Molière, se ha sostenido constantemente hasta el invierno último, en que acaba de retirarse de la escena, la célebre señora *Mars*, la tradicion viva de los recuerdos de la buena escuela, que á despecho de la edad ha sabido sostener su inmensa reputacion artística durante medio siglo. Moliere y Beaumarchais han perdido en ella su mejor intérprete, y los apasionados á Celimena y á Susana renuncian ya al placer de verlas dignamente representadas.

Entre los actores del primer teatro francés alcanzan en el género cómico la mayor altura los señores *Monrose* y *Samson*, aquel, verdadero tipo del Figaro de Beaumarchais, y de los Scapin de Molière, y este entendido intérprete de los cuadros políticos de Scribe, de las difíciles creaciones de Bertran de Ranzaw y del lord Bolimbroke (1). En el género trágico el mas atrevido es *Ligier*, el cual en *Los Hijos de Eduardo* y otras tragedias modernas ha suplido en lo posible el inmenso vacío que Talma dejó.—En segunda línea aparecen los señores *Firmin*, *Beauvallet*, *Saint Aulaire* y otros, y las

(1) En *El Arte de conspirar*, y *El Vaso de agua*, de Scribe.

señoras *Noblet*, *Menjaud*, *Plessi*, la hermosa reina Ana, y *Doze*, la bellísima Abigail en el *Vaso de agua*, admirable comedia de Scribe que se estrenó en aquel teatro el invierno último.

La escuela apellidada *romántica*, que hace pocos años levantó su turbulento pendon con la pretension de hacer olvidar y aun silbar como imbéciles las admirables producciones de Racine y de Molière, y sustituirlas por los delirantes ensueños de una rica fantasía, no pudiendo hallar fácil entrada en el templo de las artes clásicas, en el teatro de la calle de *Richellieu*, (que á duras penas se permitió una muestra en los mejores dramas de Victor Hugo y Dumas, *Hernani*, *Antoni* y *Marion*). se dirigió con todo su aparato feudal de horca y cuchillo á uno de los teatros del *Boulevard*, el de la *puerta de San Martin*, donde pudo ámpliamente desplegar todos sus gigantescos medios para electrizar y seducir á una generacion deseosa de grandes sensaciones, á un público entusiasta y amigo de la novedad.—El gran talento que sin injusticia no pudiera negarse á Hugo, á Dumas, á Soulié, y algun otro de los gefes de aquella escuela, unido al que desplegaban en la ejecucion los actores *Bocage* y *Lockroy*, las actrices *Georges*, *Dorval* y otros de este teatro, le hicieron contrabalancear y aun eclipsar por algunos años la gloria del primer teatro francés; en el dia los autores románticos están ya muy lejos de *Lucrecia Borja* y *Ricardo Darlington*, y el teatro de la puerta de San Martin ha vuelto á entrar en su orden inferior, si bien conservando el privilegio de los reales adulterios, y de los mantos de púrpura arrojados en el lodazal.

Los otros teatros del Boulevard, llamados por esta razon

*del crimen*, que reparten con el de la puerta de San Martin el abasto de las lágrimas frenéticas y de las crispaciones nerviosas, son el del *Ambigu* y el de la *Alegria*, y en ellos lucen sus sanguinolentas novelas dialogadas los Victor Ducange, Buchardy, Ancelot y otros.—Allí está la originalidad de muchos de nuestros ingenios; de allí vienen en fantástica nube el *Jugador de los treinta años*, el *Campañero de San Pablo*, *Lázaro el pastor*, los *Perros de San Bernardo*, y otros infinitos héroes mas ó menos patibularios ó cuadrúpedos, que no contentos con estasiar y hacer llorar á todo trapo á las grisetas parisienses, aprenden un tantico de lengua castellana, bajo la direccion de cualquiera de nuestros *literatos*, y se introducen en las escenas de la calle de la Cruz ó del Principe para edificacion de nuestro pueblo y encanto de nuestra sociedad.—*Federico Lemaitre* es en París el actor tipo de aquellos dramas, y uno de los mas favoritos, sino el primero, entre todos los que trabajan en los teatros de París.

El *Vaudeville*, comedia de costumbres populares que á tal punto de perfeccion han llevado los ingenios franceses, y á su frente la célebre empresa literario-mercantil conocida por la razon de *Scribe y Compañia*, que lleva ya mas de cuatrocientos dados á la escena, se reparten los teatros del *Gimnasio*, el *Vaudeville*, las *Variedades* y el *Palacio Real*, y en todos ellos es mucho lo que hay que admirar en el conjunto del desempeño por parte de los actores: *Bouffé*, *Lepeintre* y la señora *Brohan* en el *Gimnasio*, se distinguen por la delicadeza y franca naturalidad de su espresion: *Odri* y *Vernet* son los héroes de la farsa y del bajo cómico en el teatro de las *Variedades*: *Arnal* es el tipo del vaudeville; y la *Dejacet* la heroína de las picantes intrigas del *Palacio Real*.

En cuanto al género de estas composiciones, nada diremos por ser harto conocidas de nuestro público, y únicamente halla de estraño en ellas el extranjero la indiscreta mezcla de diálogos hablados y coplillas cantadas, lo cual, además de absurdo, es ridículo en boca de actores nada aptos para el canto.

Además de estos teatros hay otros muchos subalternos sin género propio, y viviendo por lo regular de las piezas rehusadas por los demás: tales son los del *Panteon* y *Luxemburgo*, las *Locuras-dramáticas*, y el *Café espectáculo*, y otros.—Hay también dos teatros infantiles, el de *Mr. Comte* y el *Pequeño Gimnasio*, en donde son niños los actores, que demuestran lo que arriba dijimos, á saber: que todo francés nace cómico, y que allí es naturaleza lo que en otras partes producto del arte.—Por último, son varios los teatrillos de figuras y sombras, entre los cuales los más notables son los de madama *Saqui* y el de *Serafin*.

Pero otro espectáculo existe en París que rivaliza en ostentacion con los primeros de la capital, y excede casi á todos en popularidad; y este espectáculo es el *Circo Olimpico*, sobre cuya portada se lee el pomposo rótulo de *Teatro Nacional*.—Dedicado, en efecto, á presentar al pueblo escenas de magnífico aparato teatral y ecuestre, tomadas las más veces de su propia historia contemporánea, y sobre todo de la más popular, que es la del emperador Napoleón; reuniendo á sus grandiosas proporciones la pompa de su decoracion, el numeroso cortejo y habilidad en hombres y caballos; y auxiliado por autores especiales que conocen el lenguaje y las inclinaciones del pueblo, y saben obligarlas, no es nada estraña la importancia que disfruta aquel espectáculo, y que hasta preten-

da rivalizar con el gran teatro de la calle Lepelletier.

Con efecto, á los coros y danzas de la *Opera*, opone el *Circo* sus batallas campales, sus ejércitos numerosos, sus asaltos de fortalezas, sus ciudades incendiadas, sus ginetes, caballos y cañones; el aparato de *Roberto el Diablo* y de los *Hugonotes* en la ópera, tiene que ceder ante el que despliega el *Circo* en las mil escenas de *El hombre del siglo*, ó *El último voto del Emperador*; y añádase á esto que allí la historia es cierta, los actores ciertos tambien.

—El *Circo* no es propiamente un teatro; es un campo de batalla: allí no se representa la comedia, allí se repite la historia: el actor que representa á Napoleon es el objeto del entusiasmo de toda la compañía: la guardia imperial es un ascenso en ella, y las filas de los austriacos, ingleses ó rusos un castigo:—no hay que animar allí á los actores para correr al combate; por el contrario, hay que detenerlos para que no se maten de veras;—escogidos casi todos ellos entre las filas de los veteranos del ejército, se entusiasman con sus recuerdos. Cuando suena el cañon, cuando huelen la pólvora, cuando ven delante de sí uniformes blancos ó colorados y un público que aplaude y les escita con los gritos de «*viva la Francia, viva el Emperador!*» entonces no son ya actores, son verdaderos soldados, y el drama se ha convertido en historia.

En este último invierno ha ocupado al *Circo* la representacion exacta y gigantesca de la traslacion de las cenizas de Napoleon desde la isla de Santa Elena á los Inválidos de París, (*Le dernier vœu de l'Empereur*) y era ciertamente *criginal*, además de lo grandioso del espectáculo, el ver figurar y hablar en él á varios de los personajes de la comision de Santa Elena; de suerte que hubo noches que habia un general Bertrand entre los actores, y otro entre los espectadores; un Gourgaud en un palco,